

# LA ALEMANIA DE WEIMAR. PRESAGIO Y TRAGEDIA

*Eric D. Weitz*

FONT: Eric D. Weitz. (2019) *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*. Turner Publicaciones S.L.

## INTRODUCCIÓN

La Alemania de Weimar todavía significa algo para nosotros. Ni un ápice ha disminuido el aprecio por los cuadros de George Grosz o Max Beckmann. En diferentes idiomas y en coliseos repartidos por el mundo entero, se sigue representando *La ópera de cuatro cuartos*, de Bertolt Brecht y Kurt Weill. Aunque vio la luz en 1925, aún se reedita la magistral novela de Thomas Mann, *La montaña mágica*, y, si bien ya no está considerada como libro de cabecera, es objeto de lectura y estudio en cursos de literatura y filosofía impartidos en innumerables facultades y universidades. Las cocinas contemporáneas están en deuda con los diseños de la década de 1920 y la labor creativa de la Bauhaus. Quizá la arquitectura de nuestros días se haya apartado un tanto del funcionalismo radical de Walter Gropius, pero, ¿cómo no admirar la belleza de los edificios de Erich Mendelsohn, esa combinación de líneas puras y dinámicas, como la casa Columbus, los grandes almacenes Schocken (aunque sólo uno quede en pie) o la caprichosa Torre Einstein? Es posible que Hannah Höch no nos resulte tan conocida, pero la novedosa mezcla de estilos primitivo y modernista, la yuxtaposición de máscaras de África o de la Polinesia con utensilios de la vida diaria del decenio de 1920, aún deja embelesados a aquellos de nuestros coetáneos que se acercan a su obra. Las profundas especulaciones filosóficas de Martin Heidegger o los ensayos a pie de calle de Siegfried Kracauer, siempre a vueltas con las tecnologías avanzadas y la sociedad de masas, nos ayudan a comprender mejor las circunstancias de la época que nos ha tocado vivir. ¿Qué cinéfilo empedernido no recuerda *El gabinete del doctor Caligari*, *Metrópolis* o *Berlín, sinfonía de una ciudad*?

También en otros aspectos, sobre todo como advertencia de peligro, aún pervive el eco de la Alemania de Weimar, una sociedad zarandeada por una economía en crisis y enquistados conflictos políticos. La sombra de la Primera Guerra Mundial se cierne sobre la historia de la República. Por mucho empeño que economistas e historiadores de nuestros días pongan en matizar la carga insoportable que, para la Alemania de la época, supusieron las exigencias económicas del Tratado de Paz de Versalles, los alemanes estaban persuadidos del injusto trato al que los sometían los vencedores de aquel conflicto bélico. Las críticas a los aliados no se hicieron esperar y, como es de suponer, tampoco se salvaron de ellas ni los judíos ni los socialistas alemanes, acusados de todos los males que se derivaron de aquel desastre: revueltas ciudadanas, hiperinflación, depresión, quiebras y todas las adversidades que puedan imaginarse. La Alemania de Weimar evoca las graves dificultades que pueden surgir cuando en una sociedad no hay consenso para mirar al futuro y cualquier diferencia, por nimia que sea, desencadena enfrentamientos políticos entre ciudadanos, cuando los asesinatos y la violencia callejera se convierten en el pan nuestro de cada día y las fuerzas antidemocráticas buscan la salida más fácil: convertir a las minorías en cabeza de turco. Representa, por encima de todo, una señal de peligro, porque todos sabemos cómo acabó: con la asunción del poder por los nazis el 30 de enero de 1933.

A pesar de los innumerables conflictos y desastres, el periodo de Weimar fue también un momento de enormes avances, tanto en el terreno político como en el cultural. El hundimiento del antiguo régimen imperial durante la guerra y la revolución espolearon la imaginación en lo político y en lo social. Durante ese periodo, los alemanes supieron conciliar un sistema político liberal, en un sentido muy lato, con avanzados programas de bienestar social que introdujeron importantes mejoras en la vida de la gente normal: la jornada laboral quedó reducida a ocho horas, mucho más tolerable; la prestación por desempleo parecía presagiar una nueva era en la que los trabajadores quedarían a cubierto de las volubles circunstancias de los ciclos económicos; la oferta de vivienda pública garantizaba que los trabajadores más cualificados y los oficinistas tuvieran la posibilidad de mudarse de sus antiguas viviendas a edificios más modernos y saludables, dotados de agua corriente, cocinas de gas y electricidad; se reconoció el derecho al voto de las mujeres; había una prensa

libre y puntera. Se pusieron los medios para edificar un futuro, armonioso y próspero, basado en ideas como el nudismo o el comunismo. Terapeutas sexuales y agitadores populares defendían que todo el mundo tenía derecho a disfrutar de una vida sexual rica y placentera. Como en el cine, el espectáculo servido por los dioses del consumo abría la posibilidad de llevar una vida diferente y más dichosa, por mucho que, a las siete de la mañana del día siguiente, hubiera que levantarse para acudir al trabajo, a la oficina o a ponerse detrás del mostrador. La guerra y la revolución despejaron el camino hacia unos ideales utópicos. Según la persona que hablase, quedaba claro que, gracias a la arquitectura moderna, a la fotografía, a las urbanizaciones o a las manifestaciones callejeras, era posible cambiar el mundo: la seguridad y la confianza fueron el motor de una inspiración que cristalizó en una creación artística y en un pensamiento filosófico sin precedentes.

Los alemanes no eran los únicos que estaban empeñados en seguir esa senda. La estela del cataclismo de la Primera Guerra Mundial sirvió para que las mujeres se ganasen el derecho al voto en Inglaterra, París abriese sus puertas al arte moderno, los arquitectos holandeses ideasen nuevas formas, y grupos políticos y multitudes en Viena, Budapest o Petrogrado derrocasen regímenes imperiales anticuados con la esperanza de construir un deslumbrante futuro político. Para lo bueno y para lo malo, los alemanes observaban y sacaban consecuencias de cuanto acontecía a su alrededor. Fueron años, sin embargo, de intensa desazón. A diferencia de los países vecinos de Occidente, Alemania había perdido la guerra, y sufría graves secuelas políticas, económicas y ciudadanas. No había planteamiento o debate que no se viera ensombrecido por la cuestión de la responsabilidad de haber iniciado la guerra, o por el monto de las reparaciones exigidas. Tras la derrota, los sufrimientos y adversidades de los ciudadanos alemanes quedaban sin recompensa. No sólo no había compensaciones económicas, tampoco la satisfacción que produce cantar victoria después de un sacrificio tan duro como prolongado. A diferencia también de Rusia, país colindante por el este, Alemania no había vivido una revolución que hubiese enterrado el poder y el prestigio de las clases dirigentes tradicionales. Se había quedado a medio camino en una transformación que, si bien sirvió para democratizar el país, en lo sustancial no alteró el antiguo orden social establecido, con la

consiguiente falta de consenso e interminables controversias. Las cuestiones fundamentales, las referidas a cómo habría de ser Alemania y las relaciones que habría de establecer con los países limítrofes, eran motivo de inacabables enfrentamientos. El desastre de la guerra mundial y el acicate de la revolución –situaciones por las que pasaron muchos países europeos, pero que en Alemania adquirieron tintes propios– fueron el detonante del proyecto y de las ideas que plasmaron en la realidad los próceres de Weimar, ya fueran arquitectos o pintores visionarios, reformistas políticos, revolucionarios de izquierdas o sesudos pensadores de la derecha conservadora y autoritaria. A todos por igual los animaba una idea más profunda, de más hondo calado: la sensación de que vivían los albores de una era de modernidad. En la década de 1920, la economía alemana dependía fundamentalmente de la agricultura, de pequeños negocios y de artesanos especializados, que convivían con clases privilegiadas, a la antigua usanza, cómodamente instaladas en la oficialidad de la milicia, la burocracia estatal y la jerarquía de las dos iglesias cristianas, la católica y la protestante. Aquel viejo mundo tan idealizado de terratenientes aristócratas y aparceros, de estados alemanes independientes que conformaban una Alemania unificada, dirigida en lo político por príncipes, reyes y emperadores y dotada de una rígida estructura de clases, tenía que afrontar nuevos retos. El centro de gravedad social se había desplazado a la ciudad, con su algarabía de ruidos e imágenes, a las estruendosas fábricas y minas que producían lo que demandaba una economía industrial avanzada, a las tensiones y conflictos propios de una “sociedad de masas”; un mundo en el que la mayoría de los trabajadores cumplía con su cometido a cambio de un sueldo, de un salario; de ciudadanos que, gracias a la lectura de periódicos, seguían los dictados del comercio y de la cultura, compraban en grandes almacenes, escuchaban concursos radiofónicos o iban al cine al menos una vez por semana; con tal de conseguir el voto, también la política recurría a las movilizaciones de masas, manifestaciones frente a los ayuntamientos o a las puertas de la fábrica, sin hacer ascos a las armas, caso de que se produjese alguna revuelta callejera.

Cualesquiera que fueran sus tendencias políticas o culturales, los protagonistas de Weimar no eran ajenos a las tensiones que generaba el advenimiento de la época moderna. No les quedaba otra salida. Quienes trataban de evitarlo, retirándose a la

Selva Negra, atrincherándose en sus casas munitenses o en pueblos alpinos en régimen de casi reclusión, autoproclamándose representantes de los “valores alemanes tradicionales”, los opuestos a las ideas modernas, no tenían más remedio que recurrir a los periódicos y a la radio para difundir sus ideas y animar a sus seguidores, cuantos más mejor, para que acudieran a votar o se dispusieran a dar la cara. Otros abrazaban la modernidad sin reservas, defendiendo la participación del pueblo en la política y en la sociedad industrial, desarrollando nuevas formas de expresión –arte abstracto, música dodecafónica, arquitectura de líneas depuradas y materiales industriales– que, según ellos, representaban más adecuadamente las tensiones, los conflictos y las vivencias propios de su tiempo. Si la creatividad de la República de Weimar supuso un hito cultural y político, fue gracias a aquellos artistas plásticos, escritores y políticos que supieron desentrañar el sentido de la modernidad, algunos impulsándola por nuevos caminos, luminosos y emancipadores, y otros siguiendo derivas autoritarias, sanguinarias y terriblemente racistas.

(...)

## CONCLUSIÓN

Aunque han pasado unas cuantas décadas desde su desaparición, aún es posible percibir el fulgor de la época de Weimar. Como en una tragedia griega, seguimos las vicisitudes históricas que atravesó, sus infaustos comienzos, su azarosa existencia y el aciago desastre que acompaña al momento en que cae el telón. Igual que uno de sus dramas, Weimar nos lleva a reflexionar sobre el sentido del devenir del género humano: la lucha por alcanzar algo nuevo y maravilloso, frente al mal absoluto; la ineptitud y la temeridad de quienes, aun cargados de buenas intenciones, deberían haber sido más precavidos.

(...)

Weimar no sólo representó un acicate para algunos portentos excepcionalmente geniales, sino que alumbró toda una generación de artistas e intelectuales, tan inquietos como inquisitivos. No hay una única razón de que en aquel momento, en aquel país, se produjera tal eclosión de creatividad. En parte, la respuesta reside, no obstante, en la impresión de descalabro sin paliativos que para el viejo orden establecido supusieron la Primera Guerra Mundial y la revolución posterior, que se llevó gran parte de los desechos, lo que permitió que, al menos durante un tiempo, se contemplase un futuro abierto y desbordante, no sólo en Alemania sino en todo el continente. Las grandes figuras de Weimar surgieron en un contexto europeo de cataclismos y revoluciones, en contacto permanente con sus homónimos artísticos o intelectuales de otros países.

Tal sensación de posibilidades ilimitadas ni podía prolongarse ni habría de ser duradera. No tardaron en imponerse las realidades políticas y económicas. Pero hubo un tiempo, no obstante, en que pareció posible crear algo radicalmente nuevo, y ese sentimiento bastó para despertar la creatividad de personas de la talla de Hannah Höch, Bruno Taut, Erich Mendelsohn, László Moholy-Nagy, y tantas otras. Su trabajo se iría atemperando con el paso de los años, pero eso no significa que aquellos artistas viviesen dos vidas distintas ni atravesasen dos periodos diferentes. Siguieron adelante, sin renunciar a la creatividad e imaginación con que habían irrumpido en el mundo del arte. Es posible que sus mejores obras vieses la luz cuando descubrieron cómo atemperar el ardor de sus ilusiones revolucionarias, pero nada se habría atemperado si no se hubiese producido aquel deslumbramiento inicial: sin el expresionismo no podríamos hablar de Nueva Objetividad.

Weimar fue una etapa cargada de tensiones, de eso no cabe duda. Las incesantes revueltas, los breves periodos de estabilidad y la ausencia de consenso distinguen este periodo. La derrota bélica pesó especialmente en la política y en la economía de la Alemania de aquellos años, y ensombreció el ánimo de la nación. Pero la guerra es sólo una explicación parcial. La tensión y la conflictividad de la época de Weimar fue consecuencia también de su posición equidistante entre el este y el oeste, no en el sentido geográfico sino por el hecho de que la Alemania de Weimar, igual que la Unión Soviética, quedó marcada por la revolución. Una revolución incompleta, sin embargo,

que estableció un ordenamiento constitucional de corte occidental, que no llegó a calar entre las clases dirigentes, enfrentadas con uñas y dientes a la democracia.

Aunque la vida en Weimar no fue fácil, sí fue un momento de intensa creatividad. Las sociedades narcotizadas, sonámbulas o satisfechas no se plantean nada, no se cuestionan nada. La mayoría de los grandes artistas e intelectuales de la Alemania de Weimar ya habían hecho sus pinitos antes de la Primera Guerra Mundial, y sintieron el gusanillo de la creatividad una vez que regresaron del frente, o cuando pensaron en emprender una nueva vida tras el desastre de la guerra. Muchos eran de izquierdas, pero también figuraban representantes de la derecha, como Ernst Jünger y Martin Heidegger, quienes, por supuesto, abominaban de la República, pero que pudieron llevar a cabo su trabajo gracias a ella.

La generación siguiente también se sintió libre de ataduras que la ligaran al pasado. El historiador Felix Gilbert, que alcanzó la edad adulta tras la derrota, durante las agitadas circunstancias que acompañaron a la revolución, la guerra civil y la inflación, al revivir aquellos tiempos sesenta años más tarde, escribiría: “Lo único de lo que estábamos seguros es de que no había nada seguro”. Vástago de la larga familia Mendelsohn, tan influyente en numerosos círculos prusianos y alemanes durante el siglo XIX, Gilbert recordaba que, tanto él como sus amistades, eran conscientes de pertenecer a otra generación:

Estábamos seguros de la que la generación de la posguerra era otra cosa. Disfrutábamos llamando la atención de los mayores por no llevar sombrero en verano, por no ir vestidos de esmoquin cuando salíamos por la noche, por quedarnos sentados durante horas en los altos taburetes de los bares en lugar de ir a beber a locales respetables. Queríamos vivir nuestra propia vida, saltándonos las rígidas formalidades.

Su actitud hacia el sexo se limitaba a que la gente hiciese lo que le apeteciera, sin tapujos, sin emitir juicios morales, talante que, al parecer, también incluía la homosexualidad, aunque la ley la prohibiera. Ellos pensaban que Berlín era una ciudad libre o, cuando menos, más libre que otras metrópolis.

La libertad de que disfrutaban Gilbert y sus amigos no era sólo el producto de un talante indefinido, de una forma difusa de ver las cosas, propios de la posguerra. Era

también una realidad política, una de las consecuencias de la revolución de 1918-1919, que estableció las libertades políticas, abrió nuevas vías de representación, proclamó la igualdad de las mujeres y, en la práctica, abolió la censura, conquistas que sobrepasaron con mucho las limitaciones formales del propio sistema, y que permitieron que mucha gente viviera con mayor libertad, sin dar cuentas a nadie, ya fuera en grupos formalmente constituidos, como las asociaciones de nudistas de los liberales o los radioclubes comunistas, o más informales, como grupos de amigos que quedaban para ir a bailar.

Eran libertades con las que no todo el mundo estaba de acuerdo. El arte moderno, igual que la mujer moderna o el sexo sin más, eran otros tantos motivos de conflicto contra la denostada democracia, que la numerosa y multitudinaria derecha no dejaba de esgrimir en un enfrentamiento que acabaría por poner fin a las libertades reconocidas por Weimar. Pero la República no sucumbió como consecuencia del desgaste ocasionado por personajes anónimos, como si, en un momento dado, los conflictos de aquella sociedad hubiesen revestido tal envergadura que dieran al traste con el orden social. Weimar no se vino abajo; acabaron con ella. Fue destruida por decisión de la derecha alemana, antidemocrática, antisocialista y antisemita, que, en el último momento, eligió a los nazis, a la oposición más extrema, desproporcionada y virulenta, como compañeros de cama. Es posible que Weimar no contase con suficientes demócratas, que fueran pocas las personas deseosas de acudir en defensa de la República. Pero también lo es que el régimen republicano hubo de soportar muchas más crisis que ninguna democracia legítimamente constituida. La izquierda radical no fue de gran ayuda. Los ataques de los comunistas contra los socialdemócratas y contra el sistema establecido en Weimar generaron una sensación generalizada de desaliento que restó empuje a la democracia, a pesar de que los comunistas no disponían de recurso alguno –humano, material ni militar– para culminar con éxito un ataque frontal contra la República. En sus primeros años, lo intentaron en tres ocasiones –1919, 1921 y 1923–, que acabaron en rotundos fracasos. A comienzos de la década de 1930, sus perspectivas no eran mucho mejores.

Pero la derecha sí que disponía de recursos. Bajo la apariencia de profesionales bien situados y de intelectuales que hablaban y escribían en el lenguaje de los nazis,

disponía de un capital intelectual. Su reserva espiritual la conservaban gracias a los muchos pastores y sacerdotes que no veían el nazismo con malos ojos. La derecha estaba instalada en despachos oficiales y en la cadena militar de mando, y controlaba en gran parte los recursos industriales y financieros de la nación. Quede claro, sin embargo, que no todos los empresarios ni todos los clérigos fueron proclives al nazismo y que, entre quienes desencadenaron la destrucción de la República, eran más los que toleraban que los que admiraban a Hitler. Pero las principales instituciones del país se contaminaron de la hostilidad colectiva de los que controlaban los recursos del país, los mismos que pensaban que no se podía soportar una sociedad democrática, socialmente comprometida, moderna e innovadora desde el punto de vista de la cultura. Ellos fueron quienes acabaron con la República; sin su ayuda, los nazis nunca habrían alcanzado el poder. Sus ataques contra el régimen de Weimar, junto con el formidable olfato político de los nazis, dieron al traste con el sistema. A ellos se sumaron las numerosas y variopintas clases medias de Alemania, así como mucha gente de baja extracción social, a las que no les gustaban las revueltas, pero las entendían. Eran alemanes que no estaban seguros de llevar el sustento a sus hogares, o de que el duro trabajo que realizaban se tradujese en ahorros cuyo valor no sólo no se incrementaría, sino que disminuiría; en aquellos momentos de guerra civil y reyertas callejeras, ni siquiera estaban seguros de poder salir a pasear por su barrio tranquilamente. Garantizar la seguridad es una tarea primordial de todo gobierno que se precie, pero el de Weimar no estuvo a la altura. Durante los años posteriores, en 1932 y 1933, la clase dirigente de la derecha y muchos ciudadanos cayeron en la cuenta de que se había llegado más lejos de lo deseado, y ya no les pareció pertinente controlar a los nazis, que no eran sino el camastro que ellos mismos se habían preparado.

La historia de Weimar es un claro ejemplo de que una sociedad en la que no existe el consenso, que carece de una ideología o de un grupo político hegemónico, es un reducto lleno de peligros. No hay ningún sistema democrático capaz de soportar una situación en la que se magnifiquen todos los conflictos hasta el punto de que todo se ponga en entredicho. Mucho menos si sus dirigentes tratan de minar la democracia

desde dentro, quejándose sin cesar de un sistema en el que mantienen sus privilegios, mientras disponen de inmensos recursos a su disposición.

Weimar representa una advertencia sobre las circunstancias en que puede desarrollarse una democracia, y quizá sea imposible imaginar condiciones peores para su establecimiento y consolidación que las que se daban en Alemania al final de la Primera Guerra Mundial. Incluso para una sociedad de cultura democrática bien asentada, las reparaciones tras la derrota, la revolución y la guerra civil, las sucesivas crisis económicas representarían una dura prueba. La gente busca seguridad por encima de todo, que ni sus vidas ni su bienestar económico se vean en peligro. Cuando un sistema democrático no les da respuesta, puede llegar el caso de que hasta los demócratas más convencidos le den la espalda y opten por soluciones autoritarias.

Weimar es también una muestra de la imperfección de los sistemas electorales como criterio democrático. En Weimar hubo elecciones, y se disputaron democráticamente. Pero también había un sistema judicial muy conservador, que rara vez condenó a militaristas y terroristas de derechas, mientras se ensañaba en declarar culpables y encarcelar a agitadores de izquierdas. En Weimar también existía una burocracia que, a pesar de las reformas de los socialdemócratas y los católicos liberales, dejó en su puesto a muchos funcionarios contrarios a la democracia. Y una clase empresarial cuyo compromiso democrático con la República era tenue, por no decir algo peor. Una democracia precisa de ciudadanos democráticos convencidos, de una cultura democrática que penetre en todos los estamentos sociales, no sólo en las instancias políticas, algo realmente muy difícil de encontrar en las instituciones clave de la República. Las dificultades de Weimar no se debieron sólo al déficit democrático popular, porque obreros, católicos reformistas, artistas, escritores y algunos profesionales se erigieron en firmes defensores de la República, sino a que las instituciones más importantes, las Iglesias, el Ejército, las escuelas de educación secundaria y las universidades, así como las corporaciones industriales, eran hostiles o temerariamente indiferentes al régimen, y tales instituciones estaban dirigidas por gente poderosa y bien situada.

Muchas de las personas creativas y entregadas que se mencionan en este libro sufrieron en carne propia la desaparición de la República. Rudolf Hilferding –médico

judío que, como economista, llegaría a ser uno de los grandes teóricos de la socialdemocracia marxista, y ministro de Economía de la República durante la hiperinflación– huyó de la Alemania nazi y se exilió en Francia, donde fue detenido por el Gobierno de Vichy en 1941. Elegido entre los que habían de ser devueltos a la Gestapo, murió en la cárcel, probablemente se suicidó, porque sabía la suerte que le aguardaba. Tampoco supieron encontrar el norte muchos de los que eligieron el camino del destierro. Ni Bruno Taut ni Erich Mendelsohn marcaron hitos como los que habían alcanzado en la década de 1920 y principios de 1930. Taut no recibió encargo alguno ni en Japón ni en Turquía, y ninguno de los ulteriores proyectos de Mendelsohn alcanzó el reconocimiento de los edificios más representativos que levantó durante la época de Weimar. Walter Gropius se asentó en Harvard y desarrolló una brillante carrera profesional, pero muchos de los edificios que construyó después de la Segunda Guerra Mundial son un recordatorio de lo peor del modernismo estéril y planificado, edificios levantados según las teorías del funcionalismo, incapaces de dar respuesta a las necesidades del ser humano. Kurt Weill disfrutó de la libertad que Estados Unidos le proporcionó, y compuso la música de algunas, y magníficas, producciones de Broadway, pero se le recuerda más por sus creaciones de la época de Weimar. Muy pocos de los que ya gozaban de reconocimiento en Weimar y optaron por el exilio, como Thomas Mann o Bertolt Brecht, conservaron aquella creatividad asombrosa y penetrante. Incluso en la derecha, los intelectuales conservadores de la época de Weimar tendrían también sus altibajos, tanto política como intelectualmente. Ernst Jünger y Martin Heidegger no siempre estuvieron encantados con los nazis, a los que se unieron o con quienes trabajaron. Ambos siguieron escribiendo durante décadas después de aquello –Jünger falleció en 1998, a la propecta edad de ciento dos años–, pero a ambos se les recuerda más por los libros que escribieron durante la época de Weimar, *Tempestades de acero* y *Ser y tiempo*.

La Alemania de Weimar significa todavía algo para nosotros. Su increíble creatividad y sus experimentos liberadores, tanto en el terreno de la política como en el de la cultura, nos llevan a pensar que es posible alcanzar unas condiciones de vida mejores, más humanas y más prometedoras. Nos recuerda que la democracia, que es un objeto delicado, y la sociedad, fruto de un equilibrio inestable, siempre se ven amenazadas y

pueden saltar por los aires. Weimar es una muestra de los peligros que pueden aparecer cuando no hay consenso social en ninguna de las cuestiones fundamentales, ya sean políticas, sociales o culturales. La democracia es un terreno abonado para mantener toda clase de debates que merezcan la pena, para que germine el espíritu de la cultura. Pero cuando cada desencuentro, desde la intimidad del dormitorio conyugal a la estructura del mundo de los negocios, se convierte en una cuestión de vida o muerte sobre los rasgos distintivos esenciales de la vida humana; cuando cada controversia es capaz de provocar una hecatombe, cuando no hay un sistema de valores imperante que suscite la adhesión de los ciudadanos, la democracia no tiene futuro. Menos aún cuando hay grupos fuertes de esa misma sociedad democrática tratando de socavar y destruir su razón de ser a cada paso. Las amenazas contra la democracia no sólo provienen de sus enemigos externos: también pueden partir de aquellos que emplean el lenguaje de la democracia y utilizan las libertades que les otorgan las instituciones democráticas para minar su propia esencia. Weimar representa un aldabonazo para que nos mantengamos vigilantes ante tales individuos, porque lo que suceda a continuación puede ser algo malo, incluso peor de lo que nos imaginamos.